

La familia rota

A los hijos les ha tocado educar a sus padres como estos los educaron a ellos



IÑAKI EZKERRA

En un conocido poema, Luis Cernuda traza un revenido y destemplado retrato de «familia a la mesa» que en estas fiestas me ha venido a la mente y que hoy no habría utilizado como postal navideña ni el conservador más recalcitrante: «Era a la cabecera el padre adusto, / La madre caprichosa estaba en frente...». Cernuda era homosexual, poeta y de izquierdas. Con tales credenciales, no podía encajar en ese claustrofóbico cuadro costumbrista de la España de inicios del siglo XX como no fuera posando en el papel de bomba de relojería. El hogar del que habla era un universo de prohibiciones que le lleva a definir la familia como un «vidrio que todos quiebran, pero nadie dobla». Cernuda, el pobre, no imaginaba lo que podría cambiar la institución familiar con el tiempo. Por suerte, hoy se dobla, ¡vaya que si se dobla! Y es que, desde hace unos cuantos años, a los hijos les ha tocado la tarea de educar a sus padres como estos les educaron a ellos.

Las generaciones formadas en valores tradicionales tuvieron que ir asumiendo las relaciones prematrimoniales y los divorcios de sus hijos, las bodas gays y las interraciales, multiculturales y transnacionales; ver cómo dejaban la fe católica y abrazaban al Gurú Maharishi o el ateísmo; cómo la familia no se rompía porque el hijo gay o la hija lesbiana acudieran a la cena de Nochebuena con sus respectivas parejas sino todo lo contrario. Cuando se rompía era antes, cuando no asistían a esas cenas ni a otras porque no eran aceptados en esos hogares.

Pero lo que no ha logrado romper ni la libertad sexual ni la de culto, ni el multietnicismo ni el multiculturalismo, lo puede conseguir romper la política. El País Vasco es un experto en esa clase de distanciamientos y rupturas. A uno siempre le ha llamado la atención que, dada la obsesión que tiene la Conferencia Episcopal con la defensa de la familia, nunca haya salido de dicha institución un documento que ponga el dedo en esa llaga. ¡Contentos con que no salga lo contrario: más leña al fuego de los nacionalismos, incluido el español en este momento! No salió ni siquiera cuando ETA estaba activa y cuando cada asesinado de un padre, un hijo o un hermano era «una bomba en el Portal de Belén» por decirlo con ese lenguaje eclesiástico que homóloga a todo nido paterno con la Sagrada Familia. Sin llegar a esos extremos, el doloroso grado de división social y parental que la política ha creado en el País Vasco y en Cataluña durante años, así como el que se está exportando en estos días a toda España, creo que reclama una llamada de alarma por parte de quienes se erigen en valedores de ese preciado bien. No, lo que rompe familias no es el amor a seres del mismo sexo sino el odio al diferente en el sexo o en lo ideológico.

Ilusión infantil. Consideraciones navideñas

JESÚS PRIETO MENDAZA

Antropólogo y profesor

El 'clown' es un poderoso recurso social para la convivencia. Por eso degrada este noble arte la actuación militante de los payasos más conocidos en Euskadi

Si algo representa la Navidad, ese tiempo extraordinario que da sus últimos coletazos estos días, es precisamente su gran capacidad de generar ilusión. Una ilusión infantil, que se reproduce en las personas adultas al volver a vivirla en los hijos y nietos. Una fantasía que se evidencia en el brillo en los ojos de los y las infantes al ver las luces del árbol, al recibir los regalos de Olentzero o al observar el paso de la cabalgata de los Reyes Magos, ese último ritual de este periodo navideño.

Y es que el ensueño de un niño se nos presenta siempre como algo inocente. Quizás sea el ejemplo más evidente de un sentimiento limpio, candoroso, no contaminado. Por eso precisamente a quien trabaja para divertir a la infancia se le pide, en justa correspondencia, no subvertir ni romper esa confianza que la sociedad deposita en él. Un grupo humano que entrega a sus pequeños no hace porque confía en ellos; es, de alguna manera, una entrega simbólica de su futuro a quienes tienen la autoridad moral para poder educarlos, también a través de la diversión.

Recuerdo de mi infancia una figura central asociada a estos días de Navidad. Una figura que se prodigaba no solo en el ocasional circo que montaba sus coloridas carpas en un solar de la ciudad, sino también en numerosos actos solidarios con niños, en hospitales, residencias de ancianos o incluso acompañando el recorrido de sus majestades de Oriente. Me refiero a ese artista, tantas veces infravalorado, que hizo, hace y hará las delicias de un niño: el payaso.

Podría hablarles de Oleg Popov, Ramper, Buster Keaton, Boliche y Chapinette, Gaby, Fofo y Miliki, 'los payasos de la tele', o Txirri, Mirri y Txiribiton. Su arte ha sido reconocido por generaciones, aunque



JOSÉ IBARROLA

mis recuerdos infantiles me conducen payasos cerceanos a mi como Zapé (Ramón Jiménez), Txema Blasco (antes de ser un actor conocido actuó en los Hermanos Txeti), los Hermanos Álava, los Hermanos Zubia o el entrañable Paco Gorostiza 'Pakiki'. Si hay algo que destaco en todos ellos es su inagotable bondad, ternura que se correspondía con la ilusión inocente del público al que se dirigían.

Creo firmemente que la labor del payaso, contra lo que muchos piensan, no es un arte menor o frívolo, sino un poderosísimo recurso social para la convivencia y la superación después de situaciones traumáticas. Yo lo definiría como una auténtica 'medicina social'. Quizás por esto, no puedo sino observar como una forma de degradación de este noble arte los objetivos ocultos, y los mensajes, implícitos o explícitos, que envuelven las actuaciones de los payasos más conocidos en la actualidad en el País Vasco y Navarra. Unos payasos que llenan pla-

zas, teatros, centros educativos, fiestas y pabellones municipales de Vasconia. Unos 'clowns' que, incluso con subvenciones públicas, piden a la infancia vasca que apoye la liberación de los «presos políticos» que están en la cárcel por, simplemente, amar mucho a Euskal Herria. Unos bufones que demandan empatía para con quienes asesinaron a más de veinte niños, desde el pequeño José María Piris (1980) hasta la niña Silvia Martínez (2002), y dejaron mutilados, huérfanos o traumatizados a miles, pero silencian deliberadamente a las víctimas inocentes.

Siento nadar contracorriente, sobre todo porque es muy fatigoso, pero no puedo enmarcar la actuación, militante de estos payasos abertzales en el contexto de ilusión y alegría. Y no puedo hacerlo porque considero que es una auténtica violación de la inocencia infantil que antes he mencionado, por un lado, y una afrenta a nuestro futuro como sociedad que se desea reconciliada, por otro. Como dice una compañera de Universidad, paciera que se pretende cambiar el lema 'la letra con sangre entra' por 'la sangre con letra entra'. Encajarian mucho más en un espacio marcado por el fanatismo, la oscuridad, el silencio y el miedo.

La ocultación de los mecanismos y de los actores que contribuyeron al terror resulta una perversión moral de gravísimas consecuencias, aunque sus actuaciones y canciones se vendan y difundan con gran éxito. La ética no es una cuestión de multitudes o minorías, sino de cuestionamiento de las virtudes morales que soportan la función pedagógica de estos 'euskalpayasos'. Y un análisis desde esta perspectiva no puede aprobar su trayectoria, ni pasada, ni presente y me temo que ni futura.

Dice el profesor Reyes Mate que cuando alguien asesina es mucho lo que muere. Aquí, añado yo, incluso la ilusión infantil.

Peales

PÍO GARCÍA



Cuando yo era joven e iba al campo de fútbol con mi cuadrilla hacíamos vudú. Nos apretábamos en la grada de Las Gaunas, resacosos e impacientes, cogíamos una hojita con la alineación del equipo rival y quemábamos con la lumbre de un cigarrillo el rostro del delantero titular. La cara de Ronald iba chamuscándose dulcemente entre los humillos de un 'ducados' y nos hacíamos ilusiones de que le saliera un par-

tido catastrófico, puede que incluso coronado con alguna lesión muscular de difícil diagnóstico. Teníamos mala índole, supongo, pero habíamos perdido la costumbre de rezar y algo había que hacer para empatar el partido.

Esta rutina de quemar y apalear muñecos goza de amplia tradición en España y quizá sea una de nuestras señas de identidad más pintorescas desde las épocas de la Inquisición, cuando los verdugos tor-

turaban en efígie a los judaizantes que no habían podido pillar vivos. Yo creo que el PSOE, en lugar de llevar el asunto a la Fiscalía, debería poner gradas en Ferraz y cobrar la entrada. Los ciudadanos podríamos asistir a estos espectáculos circenses con el pasmo de los antropólogos del siglo XIX cuando descubrían tribus salvajes de costumbres extravagantes y un poco ridículas. Leo en 'El Español' que una de las participantes en la oraldía es una médica de 23 años que asegura haber vivido ya dos regresiones astrales a la Alemania del Tercer Reich. Se trata de gente, como se ve, de una gran estabilidad mental, capaz de convertir cualquier test psicotécnico en una verbena con farolillos.

A nosotros, por si quieren saberlo, el vudú nos salía regular. Un día nos metió Amunike un gol con el pescuezo.